

En 1836 se colocó casi en el mismo lugar del cadalzo el obelisco de Lúxor, y bajo la dirección de Hittorf la plaza fué macadamizada, rodeada de candelabros y adornada con dos hermosas fuentes, que tienen lindísimos juegos de aguas.

Cada uno de los pabellones ántes mencionados recibió la estatua de una de las mejores ciudades de Francia.

En 1852 se embelleció todavía más con hermosas avenidas de árboles, que se formaron á lo largo de los campos Eliseos y de las Tullerías.

Es imposible penetrar y recorrer esta plaza con indiferencia, y cada vez que el viajero la visita encuentra algo nuevo que fije su atención.

De la plaza de la Concordia pasamos á la del Hotel de Ville, la cual ocupa un lugar distinguido en la historia de Francia. Ella fué largo tiempo el teatro de los suplicios y de las ejecuciones capitales: vió morir á Ravallac, á la marquesa de Brinvilliers, á Cartandre, á Damiens, al marques de Farias, y á un gran número de víctimas de la revolución. Se ha engrandecido hace algunos años, y todas las casas que la rodean acaban de ser nuevamente construidas.

La plaza Vendome, situada á igual distancia de las Tullerías y de los boulevards, fué construida bajo el dibujo de Mansart en el reinado

de Luis XIV. En 1850, Napoleon colocó una columna acabada el 13 de Agosto de 1810. La estatua del emperador con *redingote*, y un pequeño sombrero, es obra de Seurre. La altura de todo el monumento es de 43 metros; diariamente se colocan en esta columna coronas de flores en memoria del emperador, del gran Napoleon I, glorioso héroe que tanto nombre dió á su patria.

A la entrada de este grandioso monumento, que todos los franceses ven con respeto y veneración, se hallaba frecuentemente un centinela que lo vigilaba durante el día y la noche.

La última y desastrosa guerra de la Francia vino á destruir esta columna colosal, obra de gran mérito artístico, pues llena de bajos relieves, allí estaban representadas todas las glorias de la Francia; y trofeo glorioso además, pues se hallaba construida con los cañones que Napoleon I habia quitado al enemigo en sus frecuentes victorias.

Apartémonos por un instante de todos estos gloriosos y artísticos monumentos, para conducir con nosotras al lector á dar un ligero paseo por los mas bellos jardines y parques públicos de Paris.

Desde luego se nos presentarán en primera lí-

nea los Campos Eliseos; á ellos es á donde queremos conducirlo, y creemos no le será desagradable.

Los Campos Eliseos se extienden desde la plaza de la Concordia hasta la barrera de la Estrella, ocupando un gran terreno convertido en un verdadero eden de delicias y de encantos. Lo primero que hiera nuestra vista es la grande avenida, formada frente á la hermosa fachada del Palacio de las Tullerías, y que tiene por término en la barrera de la Estrella el magnífico arco triunfal que conocen ya nuestros lectores. Esta espaciosa avenida rodeada de una y otra parte por los mas frondosos y bellos árboles, extasia la vista del viajero, que se pierde en su inmensidad, admirando la armonía que reina en ella y que divide en dos partes los Campos Eliseos, teniendo por uno y otro lado dos grandiosos y variados paseos.

Durante el día se vé la hermosa calzada cubierta de carruajes y caballos que se dirigen al bosque de Boulogne, punto de reunion de lo mas escogido y bello de la sociedad parisiense: de una y otra parte de esta gran calzada se ven dos calles de árboles para los paseantes de á pié, cubiertas en parte de sillas, en las que mediante un sueldo el paseante goza del reposo, disfrutando á la vez de las delicias de paseo. Es inmenso

el concurso de personas que transita por esta gran calzada y sus pequeñas avenidas; en la primera es una línea interminable y doble ó triple de elegantes carruajes, ginetes, y amasonas; en las segundas, la multitud es tan compacta, que admira; hállanse por lo regular todas las sillas ocupadas, y un número infinito de personas van y vienen ante los espectadores. Las niñas que pasan rápidas á nuestra vista con sus ruedas ó cuerdas, los gritos de las vendedoras, la alegría pintada en todos los semblantes, el carácter francés propio siempre para la diversion y el contento, hacen de aquel sitio un punto de placer, donde huyen las sombras de la tristeza, siendo imposible no participar de la alegría y el contento, que reina á nuestro alrededor.

Apartémonos por breves instantes de aquel foco de animacion y de vida, para podernos internar en el seno de los Campos Eliseos y conocer sus delicias y encantos. Los pequeños bosquecillos, que encadenándose con seductora gracia forman este inimitable paseo, nos presentan una variedad inmensa: hermosas calles de árboles robustos y frondosos, amenos jardines matizados por las mas bellas flores cuyos perfumes embalzaman aquel suave ambiente, glorietas rodeadas de cómodos asientos, cristalinas fuentes

con los mas bellos juegos de agua, blancas estatuas; todo se halla allí reunido para formar el cuadro mas seductor, y extasiar la mirada del paseante. Al lado de los prodigiosos encantos de la naturaleza, y esparcidas ó diseminadas con caprichoso descuido, hállanse entre los árboles las flores, multitud de objetos destinados al placer y al recreo; encuentran allí los niños cuanto pueden apetecer para sus goces; pequeños carruajes que tirados por carneros recorren las frondosas calles ó avenidas; sitios de diversione donde se encuentran caballitos, buquecitos, títeres, y en fin, todas estas cosas que tienen tanto atractivo en la infancia. Hállanse todos estos puntos de recreo, llenos de niños y niñas, que con la sonrisa en los labios denotan el placer de su alma. Puestos de juguetes y dulces, se encuentran también repartidos por donde quiera, y multitud de vendedores y vendedoras recorren por todas partes el paseo ofreciendo sus mercancías.

Durante la noche los Campos Eliseos són un verdadero Eden.

La iluminacion de gas brilla allí con una profusion admirable, al traves de los árboles, y al lado de las fuentes la concurrencia es numerosa, y un nuevo atractivo presta aun mas encanto á aquel lugar.

Además de los recreos de los niños, abiertos siempre á la multitud, hállanse repartidos á corta distancia unos cafés llenos de poesía, allí se encuentra cuanto se puede apetecer. Las mesitas de blanco mármol se hallan diseminadas bajo la sombra de los frondosos árboles en el centro del mas ameno jardín; una verja rústica cubierta de enredaderas limita el local ocupado por el pintoresco café; en el fondo se levanta un pequeño teatro, donde durante la noche tiene lugar un concierto, amenizado de cuando en cuando por ligeros bailes y cortas representaciones.

El que entra á tomar alguna cosa en el café tiene derecho, si quiere, á permanecer toda la noche, y el que no entra puede oír desde la verja los acordes dulces del concierto; en estos cafés cantantes es donde mas que en ninguna parte se conoce el carácter francés, marcado perpetuamente en su música y representaciones.

Nosotras entramos varias veces á los cafés cantantes, pues encontrábamos un positivo placer en ir á los de los Campos Eliseos, y lo hacíamos con frecuencia.

Concluido el paseo de una y otra parte se hallan preciosas casas de campo con fachadas de palacios, habitadas casi todas por la alta aristocracia de Paris.

A la izquierda está situado el Palacio de la Industria, ante el cual se eleva una hermosa fuente de bronce, y á la derecha el Circo de Verano de la Emperatriz, que es tambien un precioso edificio.

Los Campos Eliseos, como podrá juzgar el lector, son durante el dia y la noche un punto donde se reúne todo lo que se pueda apetecer de bello y agradable en un lugar de recreo; el viajero se extasía en ellos, y los habitantes de la gran ciudad encuentran allí el mas ameno punto de desahogo.

Mas preciso es apartarnos de este eden, puesto que los otros jardines están reclamando nuestra presencia en ellos; trasladémonos ahora al de las Tullerías; allí tambien tendremos algo que admirar, y no creemos que el lector quedará descontento de acompañarnos, ó continuar con nosotras nuestro paseo.

El jardín de las Tullerías situado frente á la gran fachada del palacio de su nombre, á la que sirve de entrada, se halla rodeado de una hermosa reja de fierro, y lo separa tan solo de los Campos Eliseos la hermosa plaza de la Concordia que ya conocen nuestros lectores. Se construyó desde el tiempo de Luis XIV, bajo el modelo de Le Notre, su figura es hermosa, encierran dos

sitios cubiertos por las flores, mas esquisitas y multitud de naranjos. Al rededor se haya adornado con estatuas muy buenas, de escultores antiguos y modernos. Tiene tambien lindísimas fuentes, algunas muy grandes y á flor de tierra; allí los niños se entretienen jugando con pequeños buquecitos muy bien contruidos, y que se manejan por medio de un iman.

En las tardes este jardín es el centro de reunion de todas las ayas, que conducen allí á los niños como hemos dicho ya; mientras estos juegan, ellas no pierden el tiempo, sino que siempre llevan consigo alguna labor de mano, como bordados, tejidos, etc. Es una animacion indescriptible la que se disfruta en este lugar todos los dias.

El jardín de Luxemburg, que es sin contradiccion uno de los mejores que encierra Paris, se halla situado frente al palacio del mismo nombre, que tambien visitamos, pero del cual hablaremos mas tarde.

En frente del palacio se extiende una hermosísima avenida, adornada á derecha é izquierda por las mas finas plantas del jardín botánico de la escuela de medicina, y va á parar directamente al observatorio.

A la izquierda del palacio se ven colinas ver-

des y cubiertas de flores, mas cerca, una hermosa fuente monumental, y mas allá una reja al travez de la cual se deja percibir la fachada del Panteon.

En el centro del jardin se hallan colocadas sobre buenos pedestales las estatuas de las mujeres mas célebres de Francia. A la extremidad de la grande avenida ántes mencionada, y que lleva por nombre "Avenida del Observatorio", se encuentra una estatua del mariscal Ney, que fué colocada en 1835 en el lugar mismo en que fué fusilado. Esta estatua es de bronce y obra de Budée. Tambien hay allí una hermosa fuente, formando arcos de flores y teniendo en el centro una estatua.

El jardin que mas visitamos, por tenerlo tan cerca, fué el del Palacio Real. Este aunque pequeño, es muy simpático y animado, se halla plantado con esmero, y animado en el centro con una hermosa fuente y un lindo juego de agua formando un bouquet de rosás. Al rededor hay buenas estatuas, graciosos y excitantes puestos de juguetes, bebidas frescas y golocinas. Tiene tambien asientos de fierro, portales, y un bello café en una de las extremidades.

Otra de las visitas que hicimos con gusto fué la del campo de Marte, el cual sirve para las re-

vistas y las maniobras de las tropas; es el campo mas grande de Paris. Tiene 900 metros de largo sobre 450 de ancho; cerca de él está la esplanada de los inválidos, que se extiende desde el cuartel hasta la escuela militar por la izquierda del Sena; es el paseo de la gente del pueblo, para la cual se construyen en las fiestas teatros, cafés, etc.

Hay además otros muchos jardines pequeños, pero bonitos y bien cultivados, con sus fuentes, estatuas y buenos asientos; entre ellos llama la atencion el del Louvre y el de la torre de San Jacobo.

Seria preciso emplear mucho tiempo en hacer la descripcion de todos, por lo cual nos contentamos solo con hablar de los principales.

Paris nos tenia encantadas, nós parecia que todo elogio era insuficiente para describir los goces inmensos que se tienen en esta ciudad. Los dias se pasaban para nosotras con una rapidez extraordinaria, y allí lójos de desear la continuacion de nuestro viaje, sentiamos muchísimo cada dia nuevo, que al pasar precipitaba nuestra salida de la mas simpática de las capitales de la Europa.

En Paris no teniamos un momento de descanso, desde que amanecia hasta las doce de la no-

che, nos manteniamos fuera de casa, paseando y recorriendo siempre algo nuevo. Pero no por hacer la descripcion de esta hermosa capital, echábamnos en olvido el pobre manuscrito de Genaro, aun en medio del continuo movimiento en que nos hallábamnos en Paris, le abrimos varias veces en los pocos momentos que teniamos de descanso.

Antes pues de continuar el relato de nuestros paseos, queremos dedicarle algunas páginas, que no creemos dejen de interesar al lector, como á nosotras sucedia.

CAPITULO XXVII.

Continúa la narracion del contenido de la cartera.

La narracion de Genaro continuaba así:

Gratas trascurrieron para mí las horas que pasé al lado de D. Mariano y su encantadora hija; el carácter franco y corriente de Clara me agradaba en extremo, y sus alegres y graciosas conversaciones apartaron de mi lado el velo de tristeza, que me seguía por doquier: mi generoso protector estaba muy contento aquel dia, y yo no podía ménos que participar del que tenían mis buenos amigos.

Duraria como una hora nuestro delicioso paseo, y al fin regresamos á los perfumados jardines, entrando poco despues á la elegante habitacion.